

¿ES CATALUÑA UNA NACIÓN?

El científico social puede reclamar con razón ocupar un puesto señalado en cualquier deliberación política de alcance. Su objeto de estudio son las sociedades humanas, y nada de lo que atañe a sus problemas esenciales le es ajeno. La cuestión nacional y los nacionalismos no son una excepción.

Por supuesto que el científico social no está autorizado a decidir él solo: se trata, desde un enfoque democrático, de que aporte elementos objetivos y racionales para que la ciudadanía pueda analizar críticamente los debates abiertos, aportar sus propias valoraciones y contribuir a la elaboración de propuestas.

El concepto de ‘nación’ ha sido muy estudiado y debatido por antropólogos, historiadores, sociólogos y polítólogos, y se puede decir que actualmente hay disponible un conjunto de teorías muy precisas y concluyentes al respecto. Sin embargo, el concepto no es sencillo y su comprensión requiere de algunos elementos de análisis que si bien no son difíciles, sí demandan un estudio atento y desapasionado (*‘sine ira et studio’*, que diría Max Weber).

En las líneas que siguen explicaremos esos elementos en una línea de exposición lógica que va de los más simples (las etnias) a los más complejos (las naciones), que no tiene por qué ser el que históricamente se produce.

Finalmente añadiremos unas conclusiones personales.

1. LAS ETNIAS

1.1 Origen del término

La palabra ‘étnico’ deriva del griego *ethnos* (que a su vez deriva del término *etnikos*), que originariamente significa pagano. Fue usada en este sentido en inglés desde mediados del siglo XIV hasta mediados del siglo XIX, cuando gradualmente comienza a referirse a características ‘raciales’. En los Estados Unidos, ‘étnico’ viene a ser utilizado en tiempos de la Segunda Guerra Mundial como un término educado que se refiere a los judíos, italianos, irlandeses y otros pueblos considerados inferiores por el grupo dominante de descendencia profundamente británica.¹

El éxito de que goza la palabra ‘etnia’ es reciente. En el lenguaje corriente fue ganando terreno lentamente: durante la década de 1960 hacía fruncir todavía el entrecejo en los medios académicos. A fin de cuentas, este éxito de la palabra *etnia*, lejos de deberse a un auge de las mentalidades anacrónicas, racistas o segregacionistas, es la expresión de las necesidades de un análisis objetivo de los grupos humanos y que permite augurar un avance hacia una evaluación más racional y más justa de las distintas partes constitutivas de la humanidad.²

¹ Thomas H. Eriksen: “Ethnicity, race and nation”, en Montserrat Gubernau y John Rex (eds.): *The ethnicity reader. Nationalism, multiculturalism and migration*, Cambridge, Polity Press, 2003, p. 33.

² Roland J.L. Breton: *Las etnias*, Barcelona, ed. Oikos-Tau, 1983, pp. 9-11.

1.2 Significado del término

En un sentido amplio la etnia se define como un grupo de individuos unidos por un complejo de caracteres comunes –antropológicos, lingüísticos, político-históricos, etc. En tales condiciones cualquier intento de taxonomía de las etnias sigue siendo precario: delimitar, subdividir y clarificar las etnias necesitará otros tantos criterios diferentes cuya importancia relativa variará según los casos. Y de ahí la dificultad de establecer cualquier clasificación general y la necesidad de estudiar cada situación dentro de su complejidad y de su evolución. Y los *criterios objetivos* utilizados para identificar a cada grupo y medir la distancia que lo separa de sus vecinos deben ser asimismo comparados con el *grado subjetivo* de aceptación o de rechazo a que han llegado los miembros del grupo.³

A estos caracteres que distinguen a las etnias se les denomina *marcadores étnicos*. La idea de una covariación sistemática entre los rasgos culturales y la identidad étnica ha sido definitivamente abandonada. Cada vez más los investigadores señalan la prioridad que conviene conceder a la dimensión subjetiva en la definición de los grupos étnicos. La hipótesis según la cual unos individuos que poseen unos caracteres socioculturales comunes constituyen automáticamente un grupo étnico, es insostenible.⁴

A este respecto, la *etnicidad* tiene el sentido de identidad étnica, que ha sido definida por De Vos como el “... uso subjetivo, simbólico o emblemático” por ‘un grupo de gente... de cualquier aspecto de la cultura, con el fin de diferenciarse ellos mismos de otros grupos’. Esta definición puede ser usada para propósitos analíticos pero alterando la última frase para leer ‘con el fin de crear cohesión interna y diferenciarse ellos mismos de otros grupos’. Un grupo étnico que usa los símbolos culturales de este modo es una *comunidad* auto-consciente que establece criterios para la inclusión y la exclusión del grupo. La etnicidad es para la categoría étnica lo que la conciencia de clase es a la clase social.⁵

Contrariamente a un extendido punto de vista, la diferencia cultural entre dos grupos no es la característica decisiva de la etnicidad. Dos grupos distintos, endógamos, en algún lugar de Nueva Guinea, bien podrían tener ampliamente diferentes lenguajes, creencias religiosas e incluso tecnologías, pero eso no significa que haya una relación étnica entre ellos. Para surja la etnicidad, los grupos deben tener un mínimo de contacto entre ellos, y deben compartir ideas hacia el otro como siendo culturalmente de ellos mismos. Si estas condiciones no son realizadas, no hay etnicidad, ya que *la etnicidad es esencialmente un aspecto de una relación*, no una propiedad de un grupo. Este es un punto clave. Y viceversa, algunos grupos podrían parecer culturalmente similares, y sin embargo podría haber una relación social interétnica altamente relevante entre ellos.⁶

La identidad étnica se puede nutrir de signos diferentes, acumular varios o no retener más que uno; *la oposición Nosotros-Ellos entre dos grupos puede mantenerse a través del cambio de los marcadores de la dualidad étnica*, como ha sido el caso par la sociedad quebequesa, donde esta dualidad primero concebida en términos de religión (católicos *versus* protestantes) se expresa actualmente por la diferencia de lengua (francés *versus* inglés). Que los atributos culturales considerados como marcadores distintivos de un grupo puedan ser objeto de transformaciones, de sustituciones, de reinterpretaciones no conduce por ello a plantear que la identificación étnica se

³ Roland J.L. Breton: *ibídem*, pp 12, 13, 67 y s.

⁴ Philippe Poutignat y Jocelyne Striff-Fenart: *Théories de l'ethnicité*, Paris, Presses Universitaires de France, 1995, p. 90.

⁵ Paul R. Brass: *Ethnicity and nationalism*, London, Sage Publications, 1999, p. 19.

⁶ Thomas H. Eriksen: *op. cit.*, p. 33

pueda ejercer a partir de ‘no importa qué’. Los recursos simbólicos (la lengua, el territorio, la tradición cultural) utilizados para marcar una oposición significativa entre Nosotros y Ellos, pueden ser distorsionados o reinterpretados, pero están siempre de una cierta manera ‘ahí’ y disponibles para los actores.⁷

Se considera habitualmente que los grupos étnicos (como las castas) se distinguen de otros grupos organizados (como los grupos religiosos o las clases sociales) por su *modo de reclutamiento*, que se realiza por el principio de nacimiento. Pero el principio de nacimiento reposa en gran parte sobre la ficción y tolera las excepciones. Para todos los grupos étnicos, existe en realidad otros modos de reclutamiento como el del matrimonio con foráneos, y la permeabilidad de las fronteras étnicas vuelve siempre posibles los procesos individuales o colectivos de asimilación y de cambio de identidad étnica. Cuando la afiliación de los miembros no nativos deviene un rasgo permanente y un método sistemático de reclutamiento de un grupo que se representa a sí mismo como una comunidad étnica, esto dota generalmente de mecanismos culturales que permiten trazar un parentesco ficticio entre los nativos y los asimilados.

La filiación puede, según los grupos o las circunstancias, ser más o menos puesta en acción para determinar la pertenencia, y por otra parte no está nunca sola en la tarea de identificación étnica, que reposa a la vez en el reconocimiento del origen y en la identidad manifiesta.⁸

La *memoria histórica* sobre la que un grupo étnico funda su identidad presente, se puede nutrir de recuerdos de un pasado prestigioso o no ser otro que el de la dominación y el del sufrimiento compartidos. La historia común puede ser puramente ficticia e invocada u olvidada según las circunstancias.⁹

1.3 Teorías de la etnicidad

Dos tipos de teorías de la etnicidad pueden ser distinguidas: las teorías naturalistas y las teorías sociales.

- I. Las *teorías naturalistas* consideran la etnicidad y los comportamientos étnicos como unos aspectos esenciales de la naturaleza humana. La necesidad de tener una filiación étnica y de actuar en consecuencia estaría inscrito en nuestra naturaleza. Se trataría de una necesidad biológica al igual que las necesidades alimenticias y de la necesidad de dormir.
- II. Por contra, las *teorías sociales* ponen el acento sobre los factores sociales que intervienen en la explicación de la etnicidad. Consideran a los grupos étnicos como unas construcciones sociales y no como una realidades biológicas. La etnicidad es percibida, en grados variables según las teorías, como un atributo del contexto y de las situaciones sociales.¹⁰

Las investigaciones contemporáneas sobre la etnicidad, más allá de sus divergencias, descansan sobre una base mínima de logros teóricos comunes surgidos de la crítica general del punto de vista primordialista (vale decir, naturalista). Figura en particular en la serie de estos logros la prioridad concedida a los *aspectos relacionales y dinámicos* de la etnicidad.¹¹

⁷ Philippe Poutignat y Jocelyne Striff-Fenart: *op. cit.*, pp. 179 y s.

⁸ Philippe Poutignat y Jocelyne Striff-Fenart: *op. cit.*, pp. 175-7.

⁹ Philippe Poutignat y Jocelyne Striff-Fenart: *op. cit.*, pp. 180 y s.

¹⁰ Marco Martiniello: *L'ethnicité dans les ciencias sociales contemporaines*, Paris, Presses Universitaires de France, 1995, p. 29.

¹¹ Philippe Poutignat y Jocelyne Striff-Fenart: *op. cit.*, p. 134.

2. LAS NACIONES

2.1 Definición del término

Un proceso de formación de una nación se caracteriza por el hecho de que las diferencias entre grupos étnicos adquiere de manera creciente significación subjetiva y simbólica, es traducida a una conciencia de sí, y un deseo de solidaridad de grupo, y se convierte en la base para *demandas políticas* de éxito.

Existen dos etapas en el desarrollo de la nacionalidad.

1. La primera es el movimiento de la categoría étnica a la *comunidad*: una comunidad es un grupo étnico –conjunto de personas con unos marcadores objetivos comunes- que ha alcanzado la posición subjetiva de la etnicidad.
2. La segunda etapa en la transformación de los grupos étnicos supone la articulación y adquisición de derechos sociales, económicos y políticos para el grupo como un todo. En la medida en que un grupo étnico logra por sus propios esfuerzos alcanzar y mantener los derechos políticos a través de la acción y la movilización política, ha ido más allá de la etnicidad para imponerse como una *nacionalidad*.¹²

Así pues una nación puede ser vista como un particular tipo de comunidad étnica o, más bien, como una comunidad politizada, con derechos de grupo reconocidos en el sistema político. Pero esta definición no incluye necesariamente la independencia, estatalismo, o soberanía en la definición de la nación.¹³

Por supuesto, que no incluya la reclamación de independencia como condición necesaria para la definición de nación no significa que no pueda darse como supuesto adicional; otra posible reclamación es la de unirse a otro Estado. En definitiva, además de promover la reforma del Estado, el nacionalismo puede dar un salto cualitativo y demandar la separación o la unificación.¹⁴

2.2 La construcción nacional

No hay nada inevitable en el desarrollo de la identidad étnica y su transformación en nacionalismo entre los diversos pueblos del mundo contemporáneo. Más bien, la conversión de las diferencias culturales en bases para la diferenciación política entre los pueblos surge sólo bajo circunstancias específicas que necesitan ser identificadas claramente.

Las circunstancias en que esta conversión ocurre comprenden dos ideas centrales.

La primera es la teoría de la *competencia de élite* como la dinámica básica que precipita el conflicto étnico bajo condiciones específicas, que surge de los entornos políticos y económicos más amplios en vez de los valores culturales de los grupos en cuestión. La etnicidad y el nacionalismo son creaciones de élites, que extraen, distorsionan y a veces fabrican materiales de las culturas de los grupos que desean representar con el fin de proteger su bienestar o existencia, u obtener ventajas políticas y económicas para sus grupos así como para ellos mismos.

¹² Paul R. Brass: *Ethnicity and nationalism*, London, Sage Publications, 1999, pp. 22 y s. Nacionalidad y nación son, en el sentido empleado aquí, términos sinónimos.

¹³ Paul R. Brass: *ibidem*, pp. 19 y s.

¹⁴ Cfr. John Breuilly: *Nacionalismo y Estado*, Barcelona, ed. Pomares-Corredor, 1990, p. 22.

El segundo argumento teórico enfatiza el papel crítico de la *relación establecida entre las élites y el Estado*, particularmente en regiones habitadas por grupos étnicos distintivos.¹⁵

La competición de las élites, sin embargo, suministra sólo el catalizador para la manipulación simbólica que es supuesta en la movilización comunitaria. Las condiciones suficientes para la movilización comunal exitosa son la existencia de los medios para comunicar los símbolos seleccionados de la identidad a otras clases sociales dentro del grupo étnico, la existencia de una población socialmente movilizada dentro del grupo étnico, la existencia de una población socialmente movilizada para quien los símbolos pueden ser comunicados, y la ausencia de intensas separaciones u otras dificultades en la comunicación entre las élites y los otros grupos sociales y clases.¹⁶

Por otra parte, el proceso de la formación y transformación de la identidad étnica en nacionalismo *es reversible*. Ello es posible debido tanto a la dinámica externa de la competición como a las internas divisiones y contradicciones que existen dentro de todos los grupos de gente, como quiera que se les defina. Las circunstancias políticas y económicas pueden causar que las élites desactiven o descarten la manipulación simbólica de las formas culturales, los valores, y las prácticas y en su lugar buscar cooperación con otros grupos o la colaboración con las autoridades del Estado.¹⁷

El enfoque moderno sobre el Estado-nación asume que es ‘natural’ que él refleje las cualidades inherentes de la gente que gobierna. En este sentido, el Estado es, o debería ser, la variable dependiente, mientras que las características ‘innatas’ constituyen la variable independiente. Una más sofisticada interpretación revierte la relación: las naciones modernas son más frecuentemente las creaciones de los Estados que al contrario.¹⁸

El Estado no es simplemente una arena para en conflicto de grupos ni un instrumento para la dominación de clase, sino también una entidad relativamente autónoma que tiende, sin embargo, tanto a favorecer a algunas clases y grupos étnicos en particulares asuntos y también a desarrollar relaciones con élites dentro de comunidades escogidas para servir su propio interés. Esos intereses incluyen el control local, la conveniencia administrativa, y la unión del apoyo popular.

El argumento anterior no implica que el Estado siempre e inevitablemente tome partido del lado de un grupo u otro en las situaciones en conflicto. A menudo así lo hace. Sin embargo, el Estado puede escoger permanecer ‘neutral’ a veces cuando los grupos están en conflicto. La neutralidad, sin embargo, como el igualitarismo, es una difícil estrategia a perseguir y no sólo porque los grupos en conflicto casi siempre buscan el apoyo del Estado. Es difícil también porque una política neutral a menudo significa, en efecto, el apoyo al *statu quo*, un rechazo a rectificar en desequilibrio existente entre los grupos.¹⁹

El Estado moderno raramente permanece contento con el hecho de que los vínculos de sus propios miembros se establezcan simplemente como ciudadanos individuales. Necesita crear un sentimiento nacional y un sentido de pertenencia a la nación. En cierto sentido puede hacerlo convirtiendo a su población a la ideología del nacionalismo, pero esto será probablemente posible sólo entre una élite. Por ello tiene también que crear sus propios símbolos, mitología y sentido de lo sagrado y

¹⁵ Paul R. Brass: *op. cit.*, pp. 8 y 13.

¹⁶ Paul R. Brass: *op. cit.*, pp. 63 y s.

¹⁷ Paul R. Brass: *op. cit.*, p. 16.

¹⁸ John A. Armstrong: *Nations before nationalism*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1982, p. 129.

¹⁹ Paul R. Brass: *op. cit.*, p. 225.

pertenencia. Al hacer esto estará usando muchas de las técnicas empleadas por las premodernas *etnias*. Esto es lo que ocurre cuando los líderes nacionales hablan de la madre patria o del país paterno.²⁰

Efectivamente: como sucede con los grupos étnicos, los Estados manipulan y transforman los signos culturales para conseguir la unidad y lealtad de sus ciudadanos, pero en su caso para defender en última instancia sus exigencias políticas frente a otros Estados.

La visión del nacionalismo desde abajo, es decir, la nación como la ven, no los gobiernos y los portavoces y activistas de movimientos nacionalistas (o no nacionalistas), sino *las personas normales y corrientes* que son objeto de los actos y la propaganda de aquéllos, es difícilísima de descubrir. Por suerte, los historiadores sociales han aprendido a investigar la historia de las ideas, las opiniones y los sentimientos en el nivel subliterario, por lo que hoy día es menos probable que confundamos los editoriales de periódicos selectos con la opinión pública, como en otro tiempo les ocurría habitualmente a los historiadores. No sabemos muchas cosas a ciencia cierta. Con todo, tres cosas están claras.

La primera es que las ideologías oficiales de los Estados y los movimientos no nos dicen lo que hay en el cerebro de sus ciudadanos o partidarios, ni siquiera de los más leales. En segundo lugar, y de modo más específico, no podemos dar por sentado que para la mayoría de las personas la identificación nacional –cuando existe– excluye el resto de identificaciones de otra clase, incluso cuando se opina que es superior a ellas. En tercer lugar, la identificación nacional y lo que se cree que significa pueden cambiar y desplazarse con el tiempo, incluso en el transcurso de períodos bastante breves.²¹

Las naciones pueden ser creadas por la transformación, dentro de un multiétnico Estado, de un grupo étnico en una entidad políticamente autoconsciente, o por la amalgama de diversos grupos y la formación de una cultura interétnica, compuesta u homogénea a través de la dirección del Estado moderno.

El proceso de la construcción nacional puede ser o no perseguido hasta el punto donde las estructuras políticas son puestas de forma congruente con la nacionalidad, creando una autónoma o independiente entidad autogobernada. Similarmente, el proceso de la construcción nacional por las autoridades estatales puede o no tener éxito en crear grupos nacionales relativamente homogéneos con las fronteras territoriales del Estado.²²

2.3 Tipos de nacionalismos

Las diferentes *teorías nacionales*, en última instancia, pueden ser confrontadas en relación con la identificación, o la no identificación, del concepto de nación y del concepto de *pueblo*. Encontramos así que, a lo largo de las distintas épocas, existe lo que podríamos llamar una teoría ‘progresista’ de nación, o mejor aún, distintas teorías ‘progresivas’ de nación, que tienden a la identificación del concepto de nación con el concepto de pueblo. Surge así toda una serie de formulaciones de la ‘nación popular’. Frente a estas posiciones, existe otra serie de teorías que

²⁰ John Rex: “The nature of ethnicity in the project of migration” en Montserrat Gubernau y John Rex (eds.): *The ethnicity reader. Nationalism, multiculturalism and migration*, Cambridge, Polity Press, 2003, p. 33.

²¹ Eric J. Hobsbawm: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, ed. Crítica, 1991.

²² Paul R. Brass: *op. cit.*, pp. 20 y s.

identifican el concepto de nación con entidades superiores al pueblo, esto es, con algo suprapopular.²³

La *teoría suprapopular* de la nación concibe a ésta como algo que tiene una consistencia metafísica, por encima de la realidad individual de los hombres. Directamente engarza esta ideología con la Filosofía de la Naturaleza, que busca la referencia nacional en una unidad cósmica, o histórica, y refiere el concepto de nación, de modo metafórico, espiritual o físico, a un organismo colectivo; el pueblo no es un conjunto de individuos, sino un cuerpo orgánico que tiene una vida histórica de la que los individuos de hoy no pueden disponer libremente; el Estado, por lo tanto, no es un ente racional, que nazca de la voluntad general de los ciudadanos, sino un ser natural, expresión política del organismo nacional.²⁴

Dicho de otro modo, existe la concepción de la ‘nación como raza’ y la ‘nación como contrato’. En el primer caso, la nación es una comunidad de ‘sangre’, es decir, una entidad biológica sobre la cual el individuo no ejerce influencia alguna. En el segundo caso, se afirma que pertenecer a una nación es, ante todo, un acto de voluntad, es suscribirse al compromiso de vivir junto con otros adoptando reglas comunes y, por ende, pensando en un futuro común.²⁵

4. CONCLUSIÓN

A la luz de los conceptos y definiciones apuntados, podemos colegir que Cataluña no necesita luchar por convertirse en una nación porque, de hecho, ya lo es –como el resto de las mal llamadas Comunidades Autónomas. El que la Constitución Española contenga esta última denominación es un craso error terminológico y, posiblemente, represente también un sesgo ideológico en la mente de los constituyentes.

Ciertamente la idea de que España pueda resultar una ‘nación de naciones’ es contraintuitiva, pero de ningún modo subvierte las reglas de la lógica. Bastaría considerar la teoría matemática de conjuntos, donde pueden concebirse ‘conjuntos de conjuntos’, para convencernos de ello.

Otra cosa es que Cataluña aspire a llevar hasta sus últimas consecuencias sus aspiraciones nacionales y plantee la formación de un Estado propio; que decida independizarse o asociarse a España; y que, finalmente, lo haga con una ideología basada en identidades y reclamaciones populares o sobre criterios metafísicos/históricos. A nuestro parecer esta última cuestión resultará sumamente crítica, pues una vía *progresista* de construcción nacional desunirá y debilitará las fuerzas nacionalistas, favoreciendo el descuelgue de los sectores ‘burgueses’.

CARLOS JAVIER BUGALLO SALOMÓN

Licenciado en Geografía e Historia
Diplomado en Estudios Avanzados en Economía

²³ José Ramón Recalde: *La construcción de las naciones*, Madrid, ed. Siglo XXI, 1982, p. 41.

²⁴ José Ramón Recalde: *ibidem*, pp. 438 y s.

²⁵ Tzvetan Todorov: *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, México, ed. Siglo XXI, 1991, p. 434.

